

La noche (José Luis Montenegro)

La noche se fue instalando y el punto estaba sufriendo; el velero del recuerdo navegaba en el humo del cigarro.

En el plano de existencia allá por los años cuarenta había una deuda por saldar.

Tomo la última grapa, un sabor de café, y lentamente se dirigió al subte a comprar el diario *Crítica* y un paquete de fideos.

Viajando en la formación, cada riel, piedra, durmiente y túnel parecían estar creados con un solo propósito, hacia su inevitable destino.

Llegando a Plaza de Mayo sabía que había una pena en su corazón, el rencor lo consumía y en su cintura el cuchillo ardía por vengarse del traidor.

En Balcarce e Independencia, en el Viejo Almacén, lo vio parado en la esquina, pitando un chala tranquilo; las miradas se cruzaron sabiendo lo que iba a suceder, tiraron los ponchos de lado y pelaron los cuchillos.

La muerte vino bajando olfateando una presa; es astuta y vieja, tiene olor a humedad, porque atraviesa los muros, y aunque el corazón sea duro, un muerto se ha de llevar.

Los fierros con sus chispas tenían sed de clavar; con amagos y cintura, la contienda fue muy dura.

Un cuerpo quedó tirado, sin quejidos ni lamentos.

La sangre ya va tiñendo de rojo los adoquines por dos guapos que se jugaron por una paica cualquiera, y solo gana la muerte.